

LA CIUDAD CÓPRICA

Nuestras sociedades consumistas, alejadas del modo de producción de la biosfera —sólo posible gracias al reciclaje continuo de los materiales—, han demostrado, y aceptado ya, su incapacidad para sostener su propio desarrollo. El progresivo y excesivo consumo de materiales y energía, condición supuestamente necesaria para alcanzar mayores niveles de bienestar, está conduciendo a un colapso del propio «modelo» de crecimiento que comienza a encontrar en los residuos su factor limitante más serio. Los límites del hipotético crecimiento indefinido no son sólo los derivados del agotamiento o disminución progresiva de la disponibilidad de los recursos, sino de la propia capacidad de la biosfera, e incluso del espacio exterior, para acoger los residuos.

Nuestra civilización industrial exige que la transformación de recursos en residuos sea cada vez más rápida; sólo así es posible, en beneficio del bienestar social, aumentar la producción, extender el consumo y acelerar la renovación de los bienes que se convertirán en residuos. La ciudad, como expresión máxima de la civilización, se va convirtiendo progresivamente en desperdicio, exigiendo más y más grandes cloacas. Pero el desperdicio, la mayor producción material auténtica de la ciudad, no escapa a la lógica mercantil de la misma que explota hasta la saciedad la insaciable y convulsiva necesidad de limpiezas de sus ciudadanos —consumidores— ensuciadores, convirtiendo el desperdicio, la basura, la mierda, en atractivo, inodoro y limpio dinero. Pero la historia de lo innombrable es también la historia biológica, política y urbanística de la ciudad.

DEL ANIMAL EXCRETOR AL CIUDADANO OCULTADOR

Relativamente próximas aún al Neolítico -etapa en la que el ser humano abandona definitivamente su relación armónica con la naturaleza y, con el auxilio del primer instrumento tecnológico, el fuego, deforesta masivamente para desarrollar la agricultura y produce los primeros residuos de carácter social-, las culturas de Grecia y Roma practican un verdadero culto a los excrementos, utilizándose, no sólo, y de forma masiva en la agricultura —(los autores coinciden unánimemente en que las excreciones humanas son los mejores abonos posibles. (Plinio, *Hª Nat.* lib. XXVIII)—, sino también en medicina, perfumería, cosmética y otras industrias. Sin embargo, mientras en el campo los residuos se reciclan con facilidad, en la Roma imperial se acumulan peligrosamente, obligando al Estado a la construcción de una compleja red de canalizaciones subterráneas, las cloacas, que permiten la evacuación masiva de los residuos y se constituyen, junto con los acueductos (también para el transporte), en los signos quizá más representativos de la nueva civilización urbana. Los residuos, a la vez que necesarios (agricultura, medicina, etc.), se van convirtiendo en algo incómodo y su presencia, cada vez en mayores cantidades, produce rechazo. El Estado romano, al asumir decididamente como propia la aspiración a la limpieza, se esfuerza en liberar a la ciudad del exceso de residuos y encuentra así justificación para exigir al ciudadano —eso sí, al de más baja condición— su contribución monetaria —meticulosamente calculada sobre su metabolismo endo y exosomático— a cambio de expiar su culpa de productor y derrochador de residuos/recursos. No en vano el primer impuesto sobre la basura, el *criságiro*, nace en un interesante momento¹ en que la Iglesia oficial contribuye decisivamente a crear un nuevo sentimiento de culpabilidad moral sobre los residuos.

Pocos años después del edicto de Milán, la fecunda y larga utilización en medicina y otras artes de los, al parecer exageradamente valorados, excrementos humanos se ve fuertemente combatida por los nuevos padres de la Iglesia; así «san Jerónimo, consejero de las damas romanas desde el 382 al 385, lucha contra la moda que las más hermosas de ellas apoyaban, hasta llegar a embadurnarse la cara con mierda para conservar el

¹ A través del edicto de Milán, firmado por el emperador Constantino (creador del *criságiro*), el cristianismo se convierte en la Iglesia del Estado (año 313),

frescor de sus rostros» (Dominique Laporte, 1978); pero es san Agustín, otro gran padre de la Iglesia, quien algo más tarde inicia el confuso discurso del Occidente cristiano sobre los residuos: «El conocimiento de la basura, en efecto, debe tenerse por mejor que el nombre mismo, el cual debe preferirse a la basura misma» («De Magisterio I», en *De locutionis significatione*).

Sin embargo, el olvido y rechazo hacia los desperdicios no ha sido progresivo y continuo, sino contradictorio según épocas, mostrando así nuestra civilización su ambivalencia hacia los residuos.² Si bien médicos, alquimistas, perfumistas y bataneros han utilizado durante siglos los excrementos y en particular la orina para sus prácticas, cabe señalar que es con el Renacimiento grecorromano del siglo XVI y con el movimiento higienista del siglo XIX cuando se alcanzan los niveles mayores de valoración de los residuos, así como de reutilización y reciclaje de los mismos.

Pero a pesar del denodado esfuerzo de los higienistas durante casi un siglo para demostrar la doble dimensión, higiénica y productiva, de los residuos, la nueva cultura industrial nace marcada por el viejo ideal kantiano de que «lo bello no huele», convirtiendo cualquier olor en algo, si no rechazable, al menos siempre sospechoso y reforzándose así la tendencia a otorgar una desmesurada atención a la limpieza por encima del aprovechamiento de la basura. Tendencia analizada por Freud, quien señala cómo «la belleza, el orden y la limpieza ocupan una posición particular entre las exigencias culturales» (el entrecomillado es mío) y no por motivos estrictamente utilitarios como pueda ser la higiene, «pero este factor —se refiere a la higiene— utilitario no basta por sí solo para explicar del todo dicha tendencia higiénica; por fuerza debe intervenir en ella algo más» (*El malestar en la cultura*).

EL MITO DE LA CIUDAD LÍMPIA

«Limpieza», concepto básico y fundamental para la propia lengua (Real Academia Española de la Lengua: «fija, limpia y da esplendor»), lo es también para cualquier estructura de poder: Estado (limpieza étnica);

² Como resultado de la importancia social del concepto y su difícil definición y acomodo en nuestra sociedad, existen en español más de cien acepciones de la palabra «desperdicio» y más de setenta de «residuo».

religión (pureza, «inmaculada» concepción). El *Diccionario de la Lengua* oculta el concepto real bajo definiciones aparentes y redundantes: «calidad de lo limpio», «acción y efecto de limpiar» y otras de carácter religioso, ético o productivo. Pero la limpieza sólo es posible si existe suciedad, ya que en realidad la «acción de limpiar» consiste en el traslado de lo señalado previamente como suciedad de un espacio a otro, ya sea este espacio urbano, político o ético.

La limpieza se convierte así en suciedad, lo limpio de aquí en sucio allí, pudiéndose repetir el proceso hasta el infinito: cuanto más limpiamos más residuos retiramos, que a su vez deberán ser limpiados nuevamente del lugar donde sean depositados. La obsesión por la limpieza está garantizada por la imposibilidad física de alcanzar el objetivo: lo limpio no existe, siempre se podrá limpiar más para poder pasar la cada vez más exigentes «pruebas del algodón».³ «Nada hay que produzca más adicción que la mierda», señala Manuel Vicent (*El País*, 1-10-1995).

En esta búsqueda y persecución policial de la suciedad, que se inicia en el individuo obsesionado por la limpieza doméstica —los españoles nos situamos a la cabeza de la UE en consumo de productos de limpieza— y continúa en el ciudadano siempre insatisfecho por la limpieza de su ciudad, el olor es el indicio, la huella, el mejor testimonio de la porquería a eliminar. La ciudad es el espacio visual por excelencia: la belleza, el orden y la higiene necesitan y potencian la primacía de la vista sobre el resto de los sentidos. Desde el Renacimiento grecolatino del siglo XVI la pintura y la invención de nuevos aparatos de observación astronómica permiten el desarrollo del campo de lo visual hasta límites insospechados.

La ciudad se hará en lo sucesivo para disfrute de la mirada, usurpando la arquitectura —como significante del orden y la belleza— la imagen de la ciudad en exclusiva, que posteriormente será reclamada desde una concepción urbana dinámica y multidisciplinar por la sociología, la economía, el cine, la literatura e incluso la ecología. Pero la primacía de la vista continúa y sólo es posible con el sacrificio del olor y la atrofia del olfato.

El olor perturba la vista y la belleza; el orden tampoco huele y la compulsiva persecución de la higiene es la responsable del gigantesco negocio actual de la limpieza exquisitamente expresado por el nuevo concepto publicitario del «olor a limpio».

³ En alusión al eslogan publicitario «el algodón no engaña».

LO BELLO NO HUELE O EL OLOR NO PUEDE SER BELLO

«El aprendizaje del olor estará enteramente dirigido contra el *stercus*.⁴ Diez años antes de la ordenanza 5 de 1538, Francia importa el término de perfume» (Dominique Laporte, *Histoire de la merde*, 1978). Con la privatización del desperdicio, la mierda y su olor se convierten por reales y presentes en lo innombrable; la obligatoria ocultación de la mierda en casa da origen al espectacular desarrollo de las letrinas en Francia, que no podrán, sin embargo, evitar el olor. La industria del perfume se desarrolla extraordinariamente (París es la capital del perfume desde el siglo xvii), llegándose a citar a mediados del siglo xix cincuenta y siete procedimientos distintos para desinfectar las fosas de los retretes, buena parte de los cuales son potentes perfumes que pretenden superponer un olor a otro.

Pero el olor, odiado siempre por nuestra civilización, ha sido también asociado a la infección de forma que al menos desde Hipócrates sabemos que ya se combatía la peste en las ciudades con fumigaciones odoríferas (Rosa González, *Historia del perfume*, 1994), procedimiento que alcanza su máxima aceptación con el desarrollo a finales del siglo xviii y durante el siglo xix de la higiene pública urbana.

EL OLOR SIEMPRE ES SOSPECHOSO

Sacrificado el olfato en beneficio de la vista y el oído, expulsados los olores de la triada de la higiene, el orden y la belleza, el perfume necesita para su propia existencia del establecimiento de una jerarquía de los olores. Pero si el olfato es el sentido animal por excelencia, siempre relacionado con la sexualidad, ¿cómo puede el perfume halagarnos sin recordarnos los bajos instintos? Así lo entiende al menos la Iglesia, que consigue desodorizar la Edad Media (Rosa González, *Historia del perfume*, 1994), pero no el urbano por excelencia Renacimiento grecolatino del siglo xvi, que vuelve a establecer la relación cosmética de la mierda y el perfume.

⁴ Se refiere a los excrementos humanos.

⁵ Se refiere al edicto de Francisco I, de 1539, que obliga a separar y tratar los excrementos domésticos privados (construcción de fosas de retrete en cada casa) de diferente forma que las basuras urbanas (públicas)

En realidad, durante siglos, la mierda y la orina, por su penetrante olor, han estimulado el cerebro de médicos, perfumistas y alquimistas, hasta el punto de que las prácticas tan censuradas por san Jerónimo al inicio de la civilización cristiana gozaban de excelente aceptación en el siglo XVIII. Según Bachelard, durante el *siglo de las luces* las materias fecales fueron objeto de sucesivas destilaciones mediante las cuales se obtenían diferentes productos de belleza para el cuidado y blanqueo de la piel (G. Bachelard, *La formation de L'Esprit scientifique*). «Por eso se prefería la mierda del hombre joven, a veces incluso la que se conoce con el nombre de meconium, que resultaba de la “primera deposición que hacen los recién nacidos” hasta llegar a esclavizar a un hombre especialmente para este oficio» (D. Laporte, *Histoire de la merde*, 1978).

Entre las sustancias más importantes tradicionalmente usadas en perfumería se encuentran el almizcle, la algalia y el ámbar gris. «Muy útiles en perfumería a causa de la fuerza y tenacidad de su aroma, que resiste a la evaporación más que cualquier otro» (Eugene Rimmel, *El libro de los perfumes*, 1990).⁶ Actualmente el almizcle es la más cara de todas las sustancias animales usadas en perfumería, se extrae de unas glándulas parasexuales de un rumiante que habita en el Tibet (*Moschus moschatus*) y constituye, según Rimmel, el perfume «más fuerte y tenaz de todos los conocidos»; la algalia también es extraída de glándulas parasexuales, en este caso de un felino (*Viverra civeta*) que habita en África y la India. y, al igual que el almizcle, su intenso olor resulta repulsivo; el ámbar gris se obtiene del esperma del cachalote (*Physeter macrocephalus*), cuando éste se encuentra en estado mórbido y su olor «no es agradable por sí mismo» (Rimmel). Actualmente estas tres sustancias junto con el castoreo —sustancia de fuerte olor segregada por una glándula que posee el castor en su abdomen—, se consideran con capacidad de producir atracción sexual (Rosa González, *Historia del perfume*, 1994).

AUN NOS QUEDA EL OLFATO

La relación entre mierda, perfume y sexo sólo es posible por la débil e imprecisa frontera que separa el olor a «basura» del olor «agradable».

⁶ Reproducción de la edición inglesa de 1865.

La imposibilidad de controlar el olfato, así como de su adiestramiento y domesticación por las diferentes formas de poder, tanto estatal como religioso, ha significado un progresivo abandono del cultivo y conocimiento del sentido del olfato que sólo reacciona ya ante olores desagradables de comida, o de perfumes. Todo huele y puede ser reconocible por su olor: las personas, las casas, los coches, los paisajes, las calles: pero nuestro olfato es insensible y ni siquiera en las múltiples academias y escuelas que recientemente han proliferado por nuestras ciudades para enseñar las cosas más insospechadas, podremos encontrar alguna para la educación y entrenamiento del «buen olfato». Afortunadamente el olfato es aún nuestro, el más animal, cultural e incontrolable de nuestros sentidos.

Diariamente respiramos unas veintitrés mil veces, inhalando unos doce mil litros de aire con sus correspondientes y diferentes, aunque ya prácticamente inapreciables, olores. De ninguna otra sustancia (aire) dependemos tanto y ningún sentido es necesariamente estimulado tanto como el olfato. A pesar de ello, la respiración apenas tiene en nuestra cultura la importancia que prioritariamente se le otorga desde hace milenios en Oriente. El conocimiento del olfato es, desde el punto de vista científico, el menos desarrollado a pesar de ser el sentido que más rápidamente conecta y estimula al cerebro; el ser humano es capaz de distinguir más de cincuenta sensaciones olfativas diferentes de carácter primario, para lo cual cuenta con un número aún no determinado de receptores —estimados en unos cien—, de los cuales tampoco se conoce la estructura molecular completa.

Se sabe que el sentido del olfato⁷ actúa principalmente sobre el subconsciente y que afecta —según la intensidad y naturaleza del olor— al cerebro de la misma forma que lo hacen las emociones; el olor también actúa sobre la parte consciente del individuo, desconociéndose el mecanismo por el cual la información olfativa llega a la conciencia humana y su relación con la memoria y la cultura de cada uno de nosotros. No existen por tanto olores buenos o malos desde un punto de vista neurofisiológico, sino sólo desde una serie de profundos y ancestrales referentes culturales. Baste señalar las recientes investigaciones sobre la capacidad olfativa de fetos y la capacidad de los recién nacidos correspondientes

⁷A través de su conexión con el sistema límbico (rinocéfalo) del cerebro —el cual regula las reacciones primarias relacionadas con el sexo, el hambre y la sed— el olfato afecta al sistema digestivo, sexual y emocional

en la discriminación sociocultural de olores (Rosa González, *Historia del perfume*, 1994).

DEL MITO DE LA CIUDAD LÍMPIA AL NEGOCIO DE LIMPIAR LA CIUDAD

Las basuras o residuos sólidos urbanos (RSU) apenas representan, con sus quince millones de toneladas/año, poco más del 5 por 100 de todos los residuos sólidos que generamos y un 2,5 por 100 del total de todo tipo de residuos producidos (estimados en unos seiscientos millones de toneladas/año).⁸ A pesar de esta relativamente reducida cantidad y de que, de ella, tan sólo unas 40.000 toneladas (0,25 a 0,30 por 100) son residuos peligrosos (pilas, baterías, lámparas de descarga, pinturas, medicinas, etc.), las basuras urbanas son los residuos que mayor atención y recursos han acaparado por parte de las administraciones públicas. Cuentan desde 1975 con una ley (Ley 42/1975 de 19 de noviembre) que obliga a su recogida y tratamiento (reciclaje, vertido o incineración) por parte de los ayuntamientos, la mayoría de los cuales dispone de sistemas de recogida y al menos dos tercios de todos los RSU son objeto de algún sistema de tratamiento, circunstancia que sólo es superada por los residuos radiactivos.

El coste de todas las operaciones de recogida municipal de RSU (domiciliarios, limpieza viaria, limpieza de locales públicos y especiales, alcantarillado, paredes, solares, etc.) alcanza en España anualmente una cifra del orden de los 200.000 millones de pesetas, una parte muy elevada de la cual corresponde a la limpieza viaria que, en bastantes ciudades, es superior al presupuesto de recogida y tratamiento de las basuras domiciliarias, a pesar de representar aquélla, en toneladas recogidas, una cantidad muy reducida respecto a estas últimas (2 a 5 por 100). El coste solamente de recogida de un kilogramo de basura depositado en el suelo urbano (cada madrileño, por ejemplo, deja en la calle, de promedio, dos kilos al mes de desperdicios) se sitúa sobre las 150 pesetas, unas veinte veces más que depositado en la bolsa de basura. Por el contrario, la recogida, transporte y tratamiento de un kilo de residuos industriales peligrosos cuesta entre nueve y quince pesetas, y sin embargo apenas un tercio de los cuatro mi-

⁸ Corresponden 276 millones de toneladas a residuos sólidos; 286 millones de toneladas, a residuos gaseosos, de los cuales 276 millones de toneladas corresponden a CO₂

llones de toneladas anuales que se calcula que se producen en España de estos residuos cuenta con servicios de gestión adecuados.⁹

Pero el individuo —consumidor que ya ha conseguido expulsar la suciedad de su casa, a veces simplemente tirándola a la calle que él mismo denuncia como sucia—, preceptor unidimensional de la ciudad a través de la vista, exige una limpieza cada vez mayor. Las encuestas actuales y las crónicas y otras fuentes de información de épocas anteriores, confirman la percepción de la ciudad siempre «más sucia que antes» por parte de ciudadanos y viajeros,

Así, de los 3.000 mensajes grabados en el contestador de *El País* en 1994 sobre quejas urbanas de los madrileños, las que se refieren a la limpieza son las más importantes: en primer lugar, las cacas caninas; siguen después la suciedad de las calles, ruidos, exceso de tráfico automóvil, mejora y aumento del reciclaje de residuos (más contenedores), exceso del número y duración de las obras, deficiencias en los transportes públicos, molestias de los vecinos (ruidos), taxis y en décimo y último lugar la actuación de la grúa municipal de retirada de vehículos (*El País*, 1 de mayo de 1994). Ninguna queja por los vertidos ilegales que arruinan campos (parques) y ríos; por el vertido a la atmósfera de los peligrosísimos residuos de plomo, hidrocarburos, monóxido de carbono, etc., que «no se perciben con la vista», o por la falta de prevención, reducción y reciclaje de los residuos peligrosos domésticos.

Dentro de este contexto de obsesión por la limpieza de la ciudad resulta patética la «feroz» oposición política del ex alcalde de Madrid, Juan Barranco, constantemente apoyada en la denuncia de la suciedad de Madrid: «La ciudad posee 500 focos estables de suciedad. Más de la tercera parte de la basura domiciliaria se vierte fuera de los contenedores. 200.000 excrementos de perros pueblan las calles y plazas de la ciudad) (*El País*, 30 de diciembre de 1994). Ni gobierno municipal ni oposición parecen estar afectados excesivamente por la pérdida de los recursos que contienen las 4.000 toneladas diarias de basuras madrileñas, ni tampoco por sus riesgos ambientales, pero sí por la pérdida de votos del ciudadano obsesionado por la limpieza. Así, a raíz de las críticas sobre la suciedad de la ciudad, «la más sucia si se exceptúa a Atenas de las capitales de la UE», según un estudio realizado por Tidy Britain Group, el Ayuntamien-

⁹ Se refiere a recogida específica y confinamiento con garantía de contaminación reducida y controlada

to madrileño decide crear una concejalía exclusivamente de limpieza e independiente de la de recogida de basuras, solución que no ha servido, a Juzgar por las quejas de vecinos y oposición política, para solucionar este grave problema estético-político.

Sin embargo, este aparente interés de los responsables municipales por la cuestión de los residuos no se traduce en una mayor capacidad de gestión pública de los mismos, sino que la tendencia de los últimos años ha sido la de encargar la gestión a las empresas privadas. Tan sólo en diez capitales de provincia (6 por 100 del total de la población española) los residuos son recogidos y tratados directamente por los respectivos ayuntamientos o por empresas de capital y control público. Las palabras del director gerente de una de estas empresas, Sadeco de Córdoba, que ha comenzado a desarrollar el más ambicioso y completo plan de aprovechamiento de las basuras en España son reveladoras: «Las últimas incorporaciones a la lucha por tan apetitosa tarta provienen de EE.UU., participando sólo o asociados a concursos diversos, además de las más recientes, con o un grupo español dedicado a las obras públicas y ahora con actividades en este campo también. En este contexto, y con la lógica (y legítima) idea de las ganancias que toda empresa privada tiene el deber de obtener, no parece el ambiente más adecuado para plantearse las idílicas ideas del reciclaje y las recogidas selectivas, cuyo análisis en términos económicos exclusivamente no es necesariamente positivo ni mucho menos, ya que en el balance es evidente que no es posible incluir inmovilizados inmateriales tales como: concienciación ciudadana, prolongación de la vida en el mundo, la conservación de los recursos naturales, etc, y tampoco, por supuesto, la cuenta de resultados refleja otras unidades que no sean las monetarias.

Curiosamente el único plan actualmente ya en pleno funcionamiento de aprovechamiento integral de la basura se desarrolla a cargo de una entidad pública en Navarra (Mancomunidad de Montejuna). Mediante este plan se ha obtenido en 1994 un reciclaje real del 65 por 100 de todas las basuras.

DE LA CIUDAD LÍMPIA A LA CIUDAD REPRESIVA

A juzgar por el extraordinario y creciente negocio en torno a los residuos de la ciudad, podría decirse que asistimos a un nuevo re-

nacimiento de la rentabilización de la mierda dentro del ya antiguo deseo de convertir la ciudad en el espacio de lo imputrescible, deseo hábilmente rentabilizado por el Estado en términos tanto impositivos comorepresivos. El residuo siempre es culpa y la culpa se expía, se paga y se limpia.¹⁰

El Estado actual, sin excesivas diferencias con el romano imperial, en su intento de domesticar los residuos se esfuerza en retirarlos de nuestra vista para dispersarlos (vertido en ríos y océanos), transformarlos de aspecto en un intento de purificación (incineración) o esconderlos (vertido «controlado»); y redimirnos de nuestra culpa por producirlos, mediante la creación de nuevos impuestos.

Como en los casos de la legislación sobre residuos emitidos a la atmósfera o vertidos sobre el suelo, la Ley de Aguas (Ley 29/1985 de 2 de agosto) también autoriza el vertido de residuos y la contaminación de los ríos (cap. II, art. 95 al 100) y tasa la porquería vertida en pesetas a pagar al propio Estado, cantidad que denomina «cánon de vertido» (cap. II, título IV, art. 289 al 296 del Reglamento RD 849/1986, de 11 de abril). El propio Estado reinventa así, casi 2000 años después, el *criságiro* de Vespasiano y Constantino.

Pero la redención de nuestra culpa terrible de ciudadanos ensuciadores permite al Estado ir más allá de la sencilla y tradicional labor impositiva; el espacio de lo imputrescible explica y justifica la represión —brutal, simple, esencial—. Quizás el caso más significativo lo constituye la ciudad-estado de Singapur —considerada la ciudad más limpia del mundo— y en la cual se reprime con extraordinaria eficacia desde dar de comer a las palomas (80.000 ptas. de multa), escupir (100.000 ptas.) y orinar (50.000 ptas.) hasta masticar chicle, para lo cual se aplica una avanzada política de prevención: multar con 1.000.000 de pesetas al que importe semejante y exógeno producto; la labor represiva, esencia siempre del Estado, encuentra en esta ciudad su máxima realización prohibiendo también comer o fumar en el metro (multa de 30.000 pesetas), vender más de 5.000 ejemplares del *Wall Street Journal* o más de 10.000 de cualquier publicación extranjera y castigando a los que arrojan cualquier basura a

¹⁰ Aún hoy encontramos claras relaciones en el lenguaje que identifican residuos con culpabilidad de origen sexual; así polución sigue siendo definida como «efusión nocturna de semen» y contaminación atmosférica (*Pequeño Larousse Ilustrado*, 1993)

la humillación pública: se les obliga habitualmente a barrer la calle vestidos con ropas llamativas y filmados por la televisión.

POR FIN SÓLOS EL CIUDADANO Y SU MIERDA INEVITABLE

Pero si la limpieza de la ciudad, versus contaminación del entorno, corre a cargo del Estado, éste obliga al ciudadano a enfrentarse a su propia animalidad en el retrete. La vergüenza ante la mierda, acrecentada por siglos de represión y culpabilización de todo lo excrementicio, fuerza al ciudadano a extender el espacio de lo impudible a su propio retrete. Con mármoles, granitos, cromo y oro recrea una pequeña ciudad de lujo en cada cuarto de baño —catorce en alguna mansión de conocidas personas nada sospechosas de mayor metabolismo endosomático que los demás ciudadanos animales— y llega incluso a incorporar la electrónica¹¹ al elemento más significativo e importante de todo cuarto de baño: el retrete, más conocido actualmente -¡cómo no!- como «inodoro», en cuyo diseño se sacrifica la higiene —la barata «taza turca» es la que permite la evacuación natural y no forzada— al objetivo supremo de aislarnos visual y olfativamente de la mierda.

Pero si el cuarto de baño se construye con los materiales más imperecederos que existen para ocultar con ellos nuestra condición extraordinariamente breve y animal. no es de extrañar que en ese cóprico espacio público por excelencia que es el tanatorio y el cementerio se utilicen los mismos lujosos materiales y se gaste en la ocultación de nuestro residuo más auténtico —el único que hasta el advenimiento de la incineración purificadora y antiecológica era sistemática y totalmente reciclado— desproporcionadas cantidades de dinero, generalmente nunca gastadas en vida.

La basura, la mierda, los vertederos, las incineradoras, las cloacas, la miseria, la fealdad y los repugnantes olores son producidos y re-producidos *ad infinitum* por la ciudad cóprica, sin la cual no podría

¹¹ El retrete-bidé con calefacción, ducha, secado y otras funciones reguladas electrónicamente se encuentra disponible a partir de las 200.000 pesetas para el modelo de fabricación nacional (*Shower Toilet Multiclin de Roca*) y de las 300.000 para los de importación (*Panasonic*).

existir la ciudad bella, ordenada y limpia que siempre se construirá sobre los viejos espacios revalorizados del desperdicio, generando cada vez más y más basura que se expulsará de nuevo mediante complejos mecanismos capaces de convertir a aquélla en creciente fuente de ingresos.¹²

Alfonso del Val

¹² Cuán diferente de la situación de otras culturas, como la China, donde tradicionalmente se invitaba a dejar sus residuos al viajero e incluso se abonaba cierta cantidad por ello; existiendo actualmente un gran aprovechamiento de los excrementos que, transformados en biogás, alimentan las cocinas, tractores y otras máquinas de más de 200 millones de habitantes en la República Popular China.